

El movimiento del Espíritu: desafíos y razones para la esperanza

Ana María Pineda, R.S.M., PhD.

Trabajando en la Viña del Señor. Simposio Nacional sobre el Ministerio Eclesial Laico
3 de agosto, 2007-09-19

En Hechos de los Apóstoles leemos: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un lugar. Y de repente bajó del cielo un ruido como un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban. Lenguas como de fuego, aparecieron sobre la cabeza de cada uno de ellos. Y se llenaron del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba el poder.” (Hechos 2:1-4)

He tenido muy presente este pasaje de la Escritura no sólo en estos días, sino desde que recibí la invitación a participar en el symposium. El Espíritu Santo descendió sobre los que estaban reunidos en el Cenáculo y ciertamente sobre todos nosotros presentes en esta sala. Al tratar de escuchar atentamente a los grupos del simposio en sus conversaciones, me he sentido tocada una y otra vez por esta importante experiencia de Pentecostés y por cómo nadie supera al Espíritu en generosidad. Cuántos dones se han dado generosamente a todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ordenados y laicos.

He escuchado muchas narrativas de cómo Dios nos ha tocado a cada uno de nosotros. Las ricas historias de cómo otros prepararon el camino para que algunos reconocieran que era el Espíritu quien llamaba, invitaba tan callada o tan persistentemente. Para otros, la experiencia de trabajar como voluntarios en la iglesia, los invitó más y más profundamente al ministerio. O cómo los encuentros con los pobres y los necesitados les dieron una asomada al “Cuerpo de Cristo roto” y los impulsaron a querer reparar esos cuerpos rotos...los veteranos de Vietnam en hospitales, los indocumentados, los rechazados, los que se sintieron incomprendidos incluso en la propia iglesia a la que amaban. ¿Cómo proporcionó la enfermedad o la pérdida de trabajo otro momento de detenerse y reflexionar sobre lo que queríamos hacer con nuestras vidas? ¿Cómo sirvió de invitación el vivir en otros países para ver la presencia de Dios en modos distintos a través de los ojos de los demás? El Espíritu ha dejado sentir su presencia en las circunstancias ordinarias de nuestras vidas y nos ha movido a aceptar la llamada a dar el paso al frente y ser parte de la Misión de la Iglesia.

Hemos escuchado relatos de cómo mujeres y hombres sencillos se sintieron inspirados por la llamada universal a la santidad del Concilio Vaticano II y a trabajar por la transformación del mundo y vivir su compromiso bautismal. Durante estos días, en este campus de Saint John University, se han compartido y reflexionado los frutos de este recorrido. Se nos ha recordado cómo el emerger del laicado en los últimos 40 años ha sido muy significativa, enriquecedora, y desafiante para los modelos de ministerio existentes. Y he escuchado cómo la historia del ministerio eclesial laico ha tomado forma en las vidas personales de muchos. Cómo se ha dado a conocer en familias, comunidades parroquiales y a nivel local y nacional. Cómo esta experiencia emergente se hizo camino para crear una nueva terminología y para buscar modos de determinar la competencia para el ministerio eclesial laico.

En medio de la narración de historias, otra historia ha subido a la superficie. Es una historia que también se inspira en el Concilio Vaticano II y en la reunión de los Obispos latinoamericanos en Medellín, Colombia. El Espíritu actuó dentro de la creciente población hispana/latina en los Estados Unidos y los hispanos buscaron modos de vivir su llamada bautismal y ser parte de la iglesia que aman. Los capítulos de esta historia comienzan en 1972 cuando los líderes hispanos se reunieron por primera vez en Trinity Collage en Washington DC para identificar las necesidades pastorales de sus comunidades y cómo la iglesia podría responder a tales necesidades. Siguió una serie de “encuentros” en 1977 y 1985. Éstos no se quedaron en la identificación de sus necesidades pastorales, sino también tocaron algunos de los temas urgentes que afectaban la salud y la vitalidad de los hispanos católicos. Al mismo tiempo, los hispanos católicos buscaron maneras de participar en la vida y misión de la iglesia. Se creó terminología como “agentes de pastoral” y “laicos comprometidos” para expresar el compromiso de hombres y mujeres en la pastoral hispana en la iglesia. Por todo el país, se crearon diversos institutos de pastoral para proporcionar formación pastoral y entrenamiento para agentes de pastoral hispana. El proceso de reflexión teológica que sigue los pasos “ver-juzgar-actuar” se convirtió en el método no sólo de discernimiento para la pastoral, sino también para comprender cómo hacer el reino de Dios más y más presente. Se desarrollaron métodos de trabajo pastoral. El valor de reunir de manera organizada todos los dones y talentos de los fieles en el ministerio encuentra expresión en el término “pastoral de conjunto.” Y el continuado desarrollo de ministros sigue buscándose. Esta historia es también parte de la historia que se va desarrollando de “Ministerio eclesial laico” y esta comunidad étnica, junto con las demás, es parte de la experiencia católica.

“Todos se llenaron del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu les daba la capacidad. Había judíos devotos de todas las naciones de la tierra que vivían en Jerusalén. Y a este sonido, se unió la multitud y estaban asombrados, porque todos los escuchaban hablar en su propio idioma” (Hechos 2:4-6)

Hemos disfrutado y nos hemos sentido desafiados por la diversidad dentro de esta asamblea. Este tipo de reunión representa otro momento significativo en la escritura de la historia sagrada del ministerio eclesial laico. Es importante que se haya cuidado de esta manera el asegurarse de que todas las representaciones de las comunidades afro-americanas y latinas estuvieran presentes en esta conversación. Es importante porque ha ampliado la conversación y nos ha hecho posible considerar otras realidades que han enriquecido nuestro entendimiento de lo que podría significar el “ministerio eclesial laico” dentro de estos contextos culturales y los desafíos a los que se enfrentan y cómo todos nosotros somos parte de ese desafío. En este symposium hemos comenzado un nuevo tipo de diálogo, una nueva conversación que a veces nos ha podido dejar un poco confundidos. ¿Por qué no se me ha entendido? ¿O yo pensaba que estaba siendo claro? ¿Por qué son necesarios los enfoques educativos y formativos alternativos? ¿Qué papel juega la cultura aquí? ¿Cómo somos lo mismo y al mismo tiempo distintos unos de otros? ¿Hasta qué punto es útil la estandarización? ¿Qué podemos hacer para asegurar la inclusión? ¿Qué grado de flexibilidad es necesario? ¿Cómo podemos evitar contribuir a la formación de una ciudadanía de segunda clase en la iglesia donde unos tienen más que otros? ¿Y cómo evitamos poner cargas innecesarias en aquellos cuyos corazones arden por servir a la iglesia? En este modo, todos hemos recibido ayuda para hacernos más católicos y experimentar de cerca la belleza de esta iglesia.

Éste es también el movimiento del Espíritu entre nosotros, a veces experimentado como “uno sonido como un viento violento” que llena toda la casa de esta asamblea.

También he escuchado conversaciones que reconocen la importancia de mentores para asegurar el acompañamiento del caminar de otros. ¡Qué responsabilidad es ser mentor de otros y educar y apoyar a quienes han sido llamados a ese servicio! La cuestión de la formación ha surgido a través de estas conversaciones. Para algunos, la experiencia de ser parte de una comunidad cristiana de base los ha formado como ministros. Otros han encontrado que el voluntariado comenzó un proceso de formación, que más tarde fue apoyado por el estudio en programas formales de ministerio laico. Algunos han tenido la suerte de unir programas de ministerio laico a universidades locales. Para otros, la cuestión ha sido cómo asistir a las diócesis y comunidades que han tenido un acceso más limitado a los recursos educativos. Abundan las preguntas sobre cómo determinar el nivel de habilidades necesarias. ¿A quién invitamos al ministerio? ¿Cómo invitar? ¿Qué es necesario? Pero en medio de todas estas conversaciones, todos han afirmado la importancia de la formación y la educación. La cuestión es cómo hacerlo. ¿Qué forma debería tomar? ¿Qué debería ocurrir para responder a las realidades culturales? ¿Cómo se puede apoyar económicamente? ¿Qué oportunidades se pueden proporcionar, especialmente para los menos representados? ¿Cómo aseguramos que nuestros programas reflejen la vida de la iglesia local y estén atentos a sus necesidades y diversidad cultural? Pero todos han afirmado la necesidad de una formación y educación integradas y adecuadas para el ministerio eclesial laico.

En lo que a veces ha parecido “un lío” hay una gran razón para la esperanza. La profundidad de comprensión de los temas a los que se enfrenta esta nueva realidad del ministerio eclesial laico demuestra la madurez de los presentes en este symposium. La gama de experiencia se extiende de los niveles locales a los nacionales. Muchos son expertos en “ministerio eclesial laico” y otros nos ofrecen una experiencia más fresca. Los lazos con importantes grupos implicados en ministerio eclesial son impresionantes. La disposición a escuchar, a cambiar de opinión, a considerar el punto de vista de los demás con profundo respeto son razones para la esperanza y signos de la presencia del Espíritu entre nosotros. Y en medio de tal riqueza creo que a través de la lucha por entender la llamada al ministerio eclesial laico el Espíritu nos están impulsando a examinar de nuevo la vocación de los ordenados y los no ordenados. ¿Y qué relación existe entre ellas? Lidiamos con la cuestión de la autorización y la certificación y eso es una señal buena y sana. Porque en último término, es la obra del Espíritu. Y todo esto me llena de muchas razones para la esperanza y siento la seguridad de que estamos viviendo un nuevo Pentecostés y que el Espíritu está entre nosotros.

Hay razones continuas para la esperanza en la promesa cierta de que el Espíritu continuará guiándonos en nuestros esfuerzos por entender más claramente lo que significa ser ministro eclesial laico, y por responder a las cuestiones sobre formación, autorización y lo que es necesario en el lugar de trabajo para sostener y promover la excelencia en el ministerio. Hay razones para la esperanza en la certeza de que otros interlocutores no sólo enriquecerán esta conversación, sino que también arrojarán más luz en nuestra tarea. Y esto se hará en servicio de la misión de la iglesia, para hacer el Reino de Dios más y más presente.

En Hechos, se nos dice que cuando los que estaban reunidos oyeron a otros hablar en su propio idioma de las maravillas de Dios,

“Todos estaban asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros, ‘¿qué significa esto?’ Pero otros se burlaban y decían; ‘están borrachos’. Pero Pedro, de pie en medio de los once, levantó su voz y se dirigió a ellos, ‘Hombres de Judea y todos los que habitan en Jerusalén, que sea esto de todos conocido y escuchen lo que tengo que decir. Ciertamente, estos no están borrachos, como ustedes suponen, porque son sólo las nueve de la mañana. No, esto es lo que se dijo por boca del profeta Joel: Dios declara que derramará su espíritu sobre toda carne, y sus hijos e hijas profetizarán, y sus jóvenes verán visiones y sus ancianos tendrán sueños...Incluso sobre mis esclavos, hombres y mujeres, derramaré mi Espíritu’” (Hechos 2:12-18)

Y sí, de hecho, estamos ebrios, que sea porque hemos experimentado lo intoxicante que es estar llenos del Espíritu.